

“JUDAS EL TRAIADOR”. DECONSTRUCCIÓN DE UNA FIGURA RETÓRICA

Francisco GARCÍA BAZÁN

CONICET / Universidad Kennedy

Introducción

La figura de Judas, “el Apóstol que traicionó a Jesús”, ha sido por dos milenios el eje de la biografía mejor trabada —y con escasas vacilaciones en su sólida estructura narrativa— dentro de la historia oficial del cristianismo. El personaje femenino de María Magdalena transformado tardíamente en el de la “prostituta arrepentida”, siempre ofreció flancos débiles para la crítica, mientras que, por el contrario, el perfil del Apóstol Pedro, quien por tres veces renegó de su Maestro, pudo adquirir en poco menos de un siglo una identidad que lo elevó a ser el representante inmediato y directo de Jesús ante la mayoría de la Iglesia cristiana, sin que sus entredichos con Santiago, el hermano de Jesús, y su antifeminismo larvado hicieran tambalear su figura de líder eclesiástico indiscutido para la Iglesia latina.

Las dos mayores contradicciones intrínsecas al personaje de Judas en relación con Jesús, que hubiera sido elegido libremente por el Maestro para integrar el grupo íntimo de los “doce” y que, además, hubiera sido también el que perteneciendo a ese núcleo privilegiado fuera responsable de la entrega a las autoridades judías que lo llevó a la pasión y a ser sometido a la muerte infamante de la cruz, constituye un “profundo misterio” para el creyente común y la exégesis católica, y así lo expresaba el Papa Benedicto XVI en su homilía del miércoles 18 de octubre del año 2006. Diferente fue, sin embargo, la postura ante la enigmática figura de Judas de diversos hombres de letras que como Thomas De Quincey, primero, y Nikos Kazantzakis, Jorge L. Borges, etcétera, advertían que en la historia y conducta del “apóstol traidor” se daba la profunda paradoja de ser el agente de un acto de traición reprobable que llevó al Maestro al juicio y cruenta ejecución, pero que gracias a esta iniquidad el género humano recibió el beneficio de la redención: “¡Feliz traición!” se podría decir, imitando a la expresión *Felix, culpa!* aplicada cristianamente a la pasión y muerte de Jesucristo.

Sin embargo, a mediados del año 1978 se descubrió en Mughagha a unos 60 km de Al-Mynia, en el Egipto Medio, un códice pequeño de hojas de papiro, ahora denominado Códice Tchacos, conteniendo cuatro escritos gnósticos traducidos del griego al copto sahídico y entre ellos estaba *El evangelio de Judas*. Y en abril del año 2006, entre escándalos publicitarios, también se dio a conocer por el *National Geographic Channel*, parte del contenido del documento. Aquietadas posteriormente las aguas removidas sin muchos escrúpulos científicos por los medios de comunicación, poseyéndose varias traducciones directas a lenguas modernas del pequeño texto —una de las cuales me pertenece— y, sobre todo, estando al alcance de todos desde hace unos meses la edición crítica del códice completo, es posible abordar la tarea que anuncia como título el presente artículo.

Efectivamente, con la lectura de *El evangelio de Judas* podemos disponer de un documento directo del siglo IV de nuestra era —dentro de la misma franja cronológica delimitada a la que pertenecen los manuscritos de la biblioteca de Nag Hammadi encontrada en el Alto Egipto a fines de 1945—. Es una antigüedad material bien determinada que resulta de los estudios de laboratorio del soporte físico del manuscrito, pero que en primera instancia ella puede remontarse al menos al año 178, teniendo en cuenta varios factores: que se trata de una traducción del griego al copto y que el documento era conocido por Epifanio de Salamina según consta en su *Panarion* (375), al igual que por el Pseudo Tertuliano en su tratado *Contra todas las herejías* (siglo III) y por Ireneo de Lión en su *Adversus haereses*. Teniendo en cuenta estos elementos cronológicos firmes podemos ir incluso más atrás en fechas relativas.

Pero lo que más llama la atención del lector del documento es no sólo que en él Judas sea considerado favorablemente de manera polémica y frontalmente diferente a la opinión de los documentos cristianos canónicos, patrísticos, apócrifos y hagiográficos que se refieren a él, sino que el texto utilizando incluso la enseñanza gnóstica que lo identifica ideológicamente, presente el evangelio como un escrito esotérico —que transmite a través de Judas y sus seguidores las conversaciones secretas (*plógos ethep*) mantenidas entre Jesús y Judas—, que distinga a éste de los “doce” discípulos por su naturaleza propia gnóstico-espiritual, que le otorgue preeminencia ante el grupo de los “doce” con la designación del “demon decimotercero” o “el decimotercero”, y que en este sentido se le adoctrine sobre la verdadera liturgia (eucaristía y bautismo), el auténtico templo y la enseñanza pertinente setiano-valentiniana como el foco de la doctrina gnóstica y a Judas como el responsable y genuina víctima de la entrega auspiciosa de Jesús; por la que sufrirá persecución y sufrimientos por parte de sus compañeros, aun cuando su acto haya sido el esperado comienzo del proceso de liberación del espíritu cautivo entre los hombres.

Resulta, ante todo esto, legítima la pregunta, ¿Cómo han sido posibles estas discrepancias tan marcadas entre los dichos de las narraciones canónicas, la postura de las enseñanzas gnósticas y las posteriores consecuencias encerradas en testimonios histórico-literarios que —todos lo sabemos—, han llegado a anular toda posibilidad de diferencias, ofreciendo un bloque de creencias sin fisuras de las que se hace eco la instrucción catequética habitual? Radican precisamente en estas visibles dificultades y las tentativas de darle una solución en el marco de los criterios científicos que rigen la práctica de la Fenomenología e Historia de las Religiones, las que inspiran las líneas que seguirán.

Judas, ¿entregador o traidor?

El legajo de pruebas en pro y en contra de la requisitoria se abre con la detección de una particularidad aparentemente anodina dentro de los primeros datos históricos de escritos canónicos y apócrifos que van a confirmar la leyenda sobre Judas, cuando se comparan las listas de los nombres de los “doce” y se tiene en cuenta que las referencias a Judas Iscariote son inseparables de su integración en el conjunto de los “doce” apóstoles o discípulos. Se observa así que el relato más antiguo referido al llamado del grupo según lo refiere el *Evangelio de Marcos* 3, 13 –18, afirma escuetamente:

“Subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron donde él. Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios. Instituyó a los Doce y puso a Simón el nombre de Pedro; a Santiago el de Zebedeo y a Juan, hermano de Santiago, a quienes puso por nombre Boanerges, es decir, hijos del trueno; a Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón el Cananeo y Judas Iscariote, el mismo que le entregó”.

El *Evangelio de Mateo* haciendo hincapié más que en la institución del conjunto, en su misión de apostolado o envío a difundir el mensaje de los miembros, expresa:

“Y llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia. Los nombres de los doce Apóstoles son: primero Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el publicano; Santiago el de Alfeo y Tadeo; Simón el Cananeo y Judas el Iscariote, el mismo que lo entregó. A estos doce envió Jesús, después de haberles dado estas instrucciones: (...)” (10, 1-5).

Es posterior a los citados, el *Evangelio de los Doce* o *Evangelio de los ebionitas* —los pobres— usado por los judeocristianos huidos a Pella en Perea, del otro lado del Jordán, después del 70 y allí establecidos. Orígenes, diferenciándolo del *Evangelio de los Hebreos* que también tiene en cuenta, no lo considera ortodoxo, y en él se afirma asimismo según un fragmento conservado por Epifanio de Salamina en la *Herejía* 30,2, que:

“En el evangelio que usan (los ebionitas), llamado ‘según Mateo’, no del todo completo, sino mutilado y adulterado —ellos lo llaman *Evangelio Hebreo*—, se dice que ‘hubo un hombre por nombre Jesús, como de unos treinta años, que fue el que nos escogió a nosotros. Y en llegando a Cafarnaún, entró en la casa de Simón, por sobrenombre Pedro, y abriendo su boca dijo: Al pasar por la orilla del lago Tiberíades escogí a Juan y Santiago, hijos del Zebedeo, y a Simón y a Andrés, y a Tadeo y a Simón el Zelotes, y a Judas Iscariote. También te llamé a ti, Mateo, cuando estabas sentado en el telonio, y me seguiste. Quiero, pues, que seáis Doce Apóstoles para testimonio de Israel’”. (*Los evangelios apócrifos*, 50).

Debe tenerse en cuenta que en las fuentes citadas los nombres de las listas de los “doce” coinciden, aunque no el orden de ellas.

Es diferente, sin embargo, el caso del *Evangelio de Lucas* y, con coherencia en el punto de vista, el ejemplo de los *Hechos de los Apóstoles*, obra del mismo autor, médico judío y discípulo de Pablo de Tarso. Expresa primero:

“Por aquellos días se fue él al monte a orar y se pasó la noche en la oración de Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, y eligió doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles. A Simón, a quien llamó Pedro, y a su hermano Andrés; a Santiago y Juan, a Felipe y Bartolomé, a Mateo y Tomás, a Santiago de Alfeo y Simón, llamado Zelotes; a Judas de Santiago, y a Judas Iscariote, que fue el traidor” (16, 12-16).

Y posteriormente en la segunda obra, confirmando el mismo contenido y sin incluir a Judas Iscariote que ya ha desertado de los “doce”, puesto que el escrito aspira a ser eclesiásticamente histórico en su redacción, manifiesta:

“Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista poco de Jerusalén, el espacio de un camino sabático. Y cuando llegaron subieron a la estancia superior, donde vivían Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas de Santiago” (1, 12-13).

En Lucas, pues, aparecen dos diferencias de bulto y que son novedades en relación con los tres testimonios que se han citado antes: en primer lugar, un cambio en los nombres de las listas de discípulos —Judas de Santiago en lugar de Tadeo— lo que muestra que la tradición de la que tomó el dato era diferente de Marcos y Mateo —sucede igual con el nombre de Natanael, “el de Caná de Galilea” de *Ev. de Juan 1,45-49; 21,2*, cuya fuente informativa ha debido ser asimismo diversa—. Este conjunto de datos —igual que lo escrito por Pablo en 1Cor 15, 3: “Porque os transmití, lo que a mi vez recibí: ...Que se apareció a Cefas y después a los Doce”— certifican, por lo tanto, dos informaciones diferentes: una es unánime la afirmación de la existencia en los primeros tiempos cristianos de la institución de los “doce” por decisión personal del mismo Jesús; pero la otra, asimismo confirma, la carencia de uniformidad en las listas de los nombres de sus miembros. También es problemática la

expresión de los “doce apóstoles”, que por primera vez se la utiliza a fines del siglo primero como título de la *Didakhé* o *Doctrina de los doce Apóstoles*.

Pero se observa en este conjunto de datos otro cambio que es todavía de más interés en nuestra pesquisa, porque nos parece que está en los cimientos de la estrategia retórica que ha de construir la figura histórica de Judas que nos es familiar y que determinará e influirá a los diseños posteriores. Todos los textos que se han leído califican a Judas como el “entregador” o “el que entregó” a Jesús usando el verbo *paradídomi* (entregar) con sus diferentes formas y derivaciones. Lucas, en cambio, escribe el “traidor” (*prodótes*, derivado del verbo *prodídomi*). En este empleo, el discípulo de Pablo es único y personal e influirá con su interpretación a toda la exégesis cristiana posterior, y de manera especial introducirá un término clave en el vocabulario de la heresiología.

El Evangelio de Juan contra Judas

Y se acumulan seguidamente nuevos factores en los que se revela la fabricación postiza del personaje como la figura del discípulo infiel que ha llegado a ser el agente de Satanás que ha entrado en él, el delator, ladrón movido por la codicia y actor de maldades en las sombras. Porque hay en los relatos de los textos canónicos una creciente malevolencia hacia Judas que aumenta comparativamente de los sinópticos al *Evangelio de Juan*, que lo trata con una hostilidad desproporcionada.

Es este Evangelio el que en su primera parte y en relación con los doce y la confesión de fe en Jesús de Simón Pedro operando como portavoz de ellos, registra:

“Muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron: ‘Es duro este lenguaje ¿Quién puede escucharlo?’. Sabiendo Jesús en su interior que sus discípulos murmuraban por esto, les dijo: ‘¿Esto os escandaliza?.. El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida. Pero hay entre vosotros algunos que no creen’. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que le iba a entregar... Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él. Jesús dijo entonces a los Doce: ‘¿También vosotros queréis marcharos?’. Le respondió Simón Pedro: ‘Señor, ¿dónde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios’. Jesús les respondió: ‘¿No os he elegido yo a vosotros, los Doce? Y uno de vosotros es un diablo (*diábolos*)’. Hablaba de Judas, hijo de Simón Iscariote, porque éste le iba a entregar, uno de los Doce” (6, 60-71).

Este diálogo es muy instructivo respecto del perfil que el evangelista Juan proporciona de Judas, porque ofrece, al menos, tres niveles de significación. El cuadro narrativo facilita además, aunque no con la misma decisión que los sinópticos, y en particular de Mt 16, 13-19, la elevación de la persona de Simón Pedro en el conjunto —que en esta ocasión es un simple portavoz de los Doce—, ante Jesús.

De manera similar, aunque con superior precisión, es el narrador el que por su cuenta y riesgo interpreta las palabras de Jesús y la interpretación es altamente hostil a Judas. Ante las palabras enigmáticas de Jesús que armonizan con la sublimidad de la enseñanza de tono dualista que ha expresado: “El espíritu es el que da vida, la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida. Pero hay entre vosotros algunos que no creen”, el relator es el intérprete que no se anima a identificar “a los que no creen”; pero que no duda en afirmar que uno inconfundible de ellos es Judas, porque es el que lo va a entregar. Del mismo modo, pero de manera mucho más dura, a las palabras de Jesús que funcionan en el mismo cuadro de cosmovisión dualista de las anteriores: “Y uno de vosotros es un diablo”, responde el relator no de modo aclaratorio, sino como quien acusa e y basándose en lo que se escribe después: “Hablaban de Judas... porque éste lo iba a entregar, uno de los Doce”. El redactor del texto no deja espacio para otras preguntas, cierra la interrogación con una condena perentoria y aunque la historia de la transmisión comunitaria conserva en la redacción más antigua del texto los múltiples fósiles del lenguaje gnóstico pertenecientes a la primitiva comunidad gnóstico-juanina, se los obliga a quedar mudos. Pero lo cierto es que un “diablo” (*diábolós*) en el contexto inconfesadamente dualista de Juan es una “potencia cósmica” ambivalente, que no sabemos si clasificarla del lado de Jesús apoyándolo o enfrentándolo con sus propuestas tentadoras. Es un personaje potente; pero no siniestro, y actuando siempre dentro del círculo íntimo de los Doce. El respeto de Jesús por la fuerza tentadora de Judas es grande en este contexto escriturario helenístico-judío, similar al de Jn y diferente del de Jn 8,44, referido al diablo como Satanás, el gran ángel rival de Adán. Es el relator el que desvitaliza el diálogo con una afirmación de compromiso conciliador.

La hostilidad de Juan, eje de la configuración de Judas en el *Diatessaron* de Taciano

Con estas tres claves en la mano, ya lo creo que es posible seguir el derrotero de dramatismo infamante que recae sobre Judas en la tradición juanina. Porque se ofrece poco después la escena entre pintoresca y teatral de la unción de Betania, presente con variaciones en los cuatro evangelios, pero que el *Diatessaron* o Armonización de los Evangelios del sirio Taciano (siglo II), por ejemplo, la ha elegido no al azar, sino voluntariamente, como la más característica de las cuatro:

“Seis días antes de la Pascua, Jesús se fue a Betania... Le ofrecieron una cena. Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume. Dice Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que le había de entregar: ‘¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?’. No

decía esto porque le preocupaban los pobres, sino porque era ladrón, y como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella” (12, 1-6).

Es del mayor interés, entonces, mostrar cómo Taciano y la tradición unánime que lo sigue — y que se difundió particularmente en árabe, persa y latín e incluso en el dialecto franco oriental en el siglo IX, como lo certifica el *Codex Fuldensis* y enseguida después en una composición en verso preconizada por Luis el Piadoso— ha colocado este pasaje en el centro de sus tres versiones paralelas, posiblemente por los datos históricos y geográficos precisos que facilita. La amalgama textual se realiza magistralmente en el texto del *Diatessáron*, tomándose por base del relato los capítulos 12, 13 y 18 del *Evangelio de Juan* y se puede leer analíticamente en las páginas 139-143 del libro *Judas. Evangelio y biografía*.

Juan, por consiguiente, al dar mayores detalles que los sinópticos, recibe la aceptación de Taciano como siendo más “histórico”, para organizar la narración. La mujer es María, la hermana de Lázaro, la comida se realiza en ese lugar y el que protesta es, personificado por Juan, Judas Iscariote, sobre el que carga las tintas, que por sus torcidas intenciones, es ladrón (*kléptes*), y como lleva la bolsa se puede quedar con lo que entra en ella. Del mismo modo el episodio y sus circunstancias es bien recibido por Taciano y transmitido unilateral y acríticamente en diversas lenguas a la enseñanza eclesiástica posterior.

Puede proseguirse el mismo procedimiento al hilo de la construcción sólidamente edificada por el *Diatessáron*, a favor de la economía del relato y prescindiendo del análisis comparativo, ya que es su disposición literaria la que ha impregnado la interpretación cristiana, en relación con la preparación de la última cena; la celebración de la comida de Jesús con los discípulos, los diálogos y las bendiciones eucarísticas, pues en todos estos momentos aparece la figura de Judas orientada con constancia por el rumbo decisivo que le ha impreso Juan a su semblanza. Ahora bien, frente a semejante uniformidad informativa construida por la unanimidad de criterio literario antes que por la objetividad de los hechos, la que reitera la literatura cristiana primitiva y posterior en diferentes niveles, sólo Orígenes, el gran intelectual alejandrino, se anima a disentir con timidez (pp. 144-145). Es una modesta excepción que quedaba sepultada ante el acuerdo sin discrepancias de los críticos ortodoxos adversos a la extraña personalidad que representaba Judas Iscariote, para que los cristianos se pudieran abrir a otras respuestas, menos malintencionadas. Los literatos, empero, dejaban translucir con constancia sus dudas ante este campo minado de condenas, inspirándose, precisamente, en las observaciones sutiles de la noticia sobre Judas facilitada por el Pseudo Tertuliano sobre bases de información gnóstica (siglo III). Sin embargo, la sorpresa fue mayúscula cuando en cotejo con tanto fuego de artificio, un documento antiguo

[...] murmuraban
sus sumos sacerdotes porque
había entrado en la sala de huéspedes
para su oración. Algunos
escribas, [no obstante],
estaban allí vigilando con atención
para arrestarle durante
la oración, porque estaban
asustados del pueblo, pues
era considerado por todos como un profeta
y se aproximaron
a Judas y le dijeron:
“¿Qué estás haciendo aquí?
Tú eres discípulo de Jesús”.
Pero les respondió
Judas como deseaban.
Recibió, en cambio (*dé*), algo de dinero
y se los entregó. >>>>>>>>>>>
>>>>>>>>>>>>>>>>>>>

El evangelio (*euaggélion*) de Judas (*Ioudas*) (58, 9-29).

Pero tampoco en la historia que debería seguir de inmediato, o sea, en lo que se refiere a la situación de Judas Iscariote después de la entrega de Jesús, los testimonios neotestamentarios, aunque se caracterizan por su escasez, están lejos de ser uniformes y más bien siembran la duda sobre sus intenciones de ferocidad contra Jesús tan expeditivamente inculcadas por los relatos de *Juan*. Porque, expresa en primer lugar el *Evangelio de Mateo* en un pasaje tardío y asimismo inquietante para la tersura de la interpretación malqueriente, y que es recogido también —como correspondía— por el *Diatessáron*:

En los *Hechos* de los *Apóstoles* de Lucas, por otra parte, salta la ambigüedad al final, al mismo tiempo que en el comienzo de la noticia se comprueba la indisociabilidad de la cuestión de Judas Iscariote en nexo con la institución de los “doce” y la tentativa de dar una justificación teológica a todo el conjunto en apoyo de la orientación institucional petrino-paulina o “apostólica”. Escribe, por lo tanto Lucas:

“(Después de la Ascensión) I. 12. Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos...Y cuando llegaron subieron a la estancia superior (*hyperóon*), donde vivían... Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos. 15. Uno de aquellos días Pedro se puso en pie en medio de los hermanos —el número de los reunidos era de unos ciento veinte— y les dijo: “Hermanos, era preciso que se cumpliera la Escritura en la que el Espíritu Santo, por boca de David, había hablado ya acerca de Judas, que fue el guía de los que prendieron a Jesús. Él era uno de los nuestros y obtuvo un puesto en este ministerio. Éste, pues, habiendo comprado un campo con el precio de su iniquidad (*adikías*), cayó de cabeza, se reventó por medio y se derramaron todas sus entrañas. Y la cosa llegó a conocimiento de todos los habitantes de Jerusalén de forma que el campo se llamó en su lengua Haqueldama, es decir: ‘Campo de Sangre’”. Pues en el libro de los Salmos está escrito: *Quede su majada desierta, y no haya quien habite en ella*. Y también: *Que otro reciba su cargo*. Conviene, pues, que de entre los hombres que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado, uno de ellos sea constituido testigo con nosotros de su resurrección. Presentaron a dos: a José, llamado Barsabás, por sobrenombre Justo, y a Matías. Entonces oraron así: “Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido, para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto del que Judas desertó para irse adonde le correspondía. Echaron suertes y la suerte cayó sobre Matías, que fue agregado al número de los doce apóstoles” (Hcho I, 15-26).

Seguirán derramándose ríos de tinta para resolver las contradicciones que existen entre los relatos de Mateo y Lucas respecto del motivo de la muerte de Judas. Si por ahorcamiento o por el golpe de la caída boca abajo y el subsiguiente destripamiento, o bien, como sostuvo Papías de Hierápolis, el oyente del anciano Juan, si no murió de inmediato por la caída, sino años más tarde y después de hincharse monstruosamente; al punto de que el P. Raymond Brown haya podido afirmar que de las claras diferencias entre los cuatro relatos sólo queda en pie el informe de que Judas debió fallecer poco después de la crucifixión de Jesús de una muerte violentamente súbita.

La sólida construcción de los heresiólogos y el *Evangelio de Judas*

De cualquier manera, las grietas de los relatos cuando aparecen nuevas fuentes se amplían y el investigador trata de descubrir indicios que lo lleven a relatos más coherentes como manifestación de la realidad. En este catálogo se ubica ahora *El evangelio de Judas*. Sobre su existencia el texto más antiguo que nos habla de él es el del Obispo de Lión en la versión latina que actualmente poseemos:

“Pero otros a los que denominan cainitas, dicen también que Caín proviene de una potestad de lo alto, y se confiesan parientes de Esaú, Coré, los sodomitas y todos los semejantes. Por esto el Creador los atacó, pero a ninguno le pudo hacer mal. Porque Sofía arrebató para sí lo de ella que estaba en ellos. Y dicen que Judas el traidor fue el único entre todos los apóstoles que tuvo este conocimiento (*gnósis*) y por esto llevó a cabo el misterio de la traición, conocimiento dicen por el que se disuelve todo lo terreno y lo celeste. Y muestran para ello un libro de su confección al que llaman *Evangelio de Judas*.

He recogido sus escritos en los que nos instan a disolver las obras de Hystera (Matriz). Llamam Hystera al creador del cielo y de la tierra. Y nadie se puede salvar si no experimenta todas las cosas, como también dijo Carpócrates” (*Contra los herejes* I, 31, 1-2).

En el siglo siguiente y basándose en un tratado (*syntagma*) sobre las herejías redactado por Hipólito de Roma que se ha perdido, —pero del que han tomado informaciones Filastrio de Brescia, el escritor que vamos a tratar seguidamente, y Epifanio de Chipre— y habiendo utilizado igualmente el informe de Ireneo que se ha proporcionado, un autor anónimo escribe una obra *Contra todas las herejías*, que se encuentra como Apéndice en la obra *Prescripciones de los herejes* de Tertuliano. En su capítulo 2 agrega algunos materiales más que deben proceder del *Syntagma* desaparecido de Hipólito, porque también coincide con él Epifanio, descubriendo con superiores datos unas cualidades de Judas como modesto colaborador en la pasión y muerte de Jesús, que las fuentes canónicas no sólo silenciaban, sino que transformaban en infamante deslealtad. Escribe, entonces, el Pseudo Tertuliano:

“Surgió otra herejía, llamada la de los cainitas. Porque ellos ensalzan a Caín como si hubiera sido concebido por alguna potencia poderosa que actuara en él. Abel fue concebido y generado por una potencia inferior y, por lo tanto, se mostró ser inferior. Los que sostienen esto defienden también a Judas el traidor, diciendo que fue admirable y grande por los beneficios que se pretende haber proporcionado a la raza humana. Por esto algunos de ellos consideran que se debe rendir a Judas una acción de gracias. Dicen: ‘Porque Judas observando que Cristo quería subvertir la verdad, lo traicionó para que la verdad no fuese vencida’. Otros entran en controversia con esto, diciendo: ‘Puesto que las potencias de este mundo no querían que Cristo sufriera, para que por medio de su muerte no llegara la salvación a la raza humana, traicionó a Cristo desinteresadamente para la salvación de la humanidad, de manera que la salvación que era ocultada por las potencias que se oponían al sufrimiento de Cristo no se dieran cuenta en absoluto y así por medio de la pasión de Cristo no fuese demorada la salvación de la raza humana’” (*Adversus omnes haereses*, 2).

En el pasaje del Pseudo Tertuliano se advierten, por lo tanto, un par de interesantes novedades que cotejadas con las más sobrias de Ireneo respecto de las intenciones de la conducta de Judas, tornan el texto en algo así como un enigma histórico. Porque el Pseudo Tertuliano sostiene que estos gnósticos son también cainitas y de este modo asimilan a Judas como uno de sus representantes por ser poseedor de una potencia fuerte de lo alto, mientras que Abel se originó en otra más débil. Dicho en otros términos, es un pneumático; pero, además, agrega otros dos datos inéditos: Jesús quería subvertir la verdad —algo de esto se insinúa en el apócrifo tardío sobre José de Arimatea que después podrá leerse— y para que ésta no fuera dominada, Judas le fue infiel. La otra información es sostenida por una tesis diferente: Judas tenía que traicionar a Jesús para que padeciera la pasión y muerte a favor de la humanidad, que así podría alcanzar la salvación, puesto que las potencias inferiores, las mundanas, para seguir dominando siendo mayoría, procuraban evitarlo, demorando el

beneficio salvífico que urgía llevar a cabo para los hombres. Debe aclararse que estas informaciones no tienen por qué ser deducciones del autor anónimo, ni mucho menos obra de su imaginación desbocada, sino que lo reiteramos, han sido extraídas de la lectura del tratado de Hipólito, lo que se confirma porque la misma vena corre por *El evangelio de Judas* y por el más extenso desarrollo del tema que Epifanio le ha dedicado en la herejía 38 de su *Panarion*.

Porque más de un siglo después, en torno al 375 y habiendo leído a Ireneo y al Pseudo Tertuliano, pero asimismo a Hipólito y con otros testimonios en su poder que le son exclusivos, si bien todo ello combinado con una fuerte voluntad polémica y condenatoria, el obispo Epifanio de Salamina facilita una información más extensa y al mismo tiempo menos concentrada sobre el sujeto inculpatado al cargar las tintas acusatorias contra Judas con propias estimaciones; escribiendo así con superior amplitud sobre el mismo tema en la herejía 38 del *Botiquín contra las herejías* como se ha anticipado:

“1. Algunas personas se llaman cainitas porque toman el nombre de su herejía de Caín. Porque alaban a Caín y lo tienen en cuenta como su padre... [es la copia literal de Ireneo, Adv. Haer. 31, 1, 1]. 5. Y por lo tanto, dicen, Judas ha encontrado todo lo relativo a ellos. Porque lo toman por pariente y lo consideran particularmente notable, al punto de que incluso le atribuyen una obrita que denominan *El evangelio de Judas*. Y del mismo modo confeccionan otras obras contra la Matriz [a este párrafo sigue la cita literal de Adv. Haer. I, 31, 2]... 2.3 Y llaman a esto conocimiento perfecto, si quieres puedes saber los padres y madres de las herejías que he mencionado arriba de los que viene su obscenidad, me refiero a los Gnósticos, Nicolás y sus aliados, Valentín y Carpócrates... 2.6 Pero enseñan estas cosas y similares para honrar la maldad y repudiar el bien... Porque sostienen, como he dicho, que Caín pertenece a la potencia más fuerte y Abel a la más débil. Estas potencias han tenido comercio sexual con Eva —ver ahora *Sobre el origen del mundo* (NHC II, 5) 116, 26-117, 27, pero asimismo los *Targumín* sobre los primeros capítulos del *Génesis*— y han engendrado a Caín y Abel, y Caín era vástago de una y Abel de la otra. 7. Pero Adán y Eva también fueron engendrados por potencias o ángeles como éstos. Y los hijos que los poderes habían engendrado, es decir, Caín y Abel, pelearon, y el hijo de la potencia más fuerte mató al hijo de la menor y más débil. 3.1. Pero igualmente mezclan la misma mitología con su herencia de ignorancia sobre los mismos venenos mortales, y aconsejan a sus seguidores que cada uno debe elegir a la potencia más fuerte, y separarse de la menor, la débil —es decir, de la que hizo el cielo, la carne y el mundo—. Y debe elevarse sobre éste hasta lo más alto a través de la crucifixión de Cristo. 2. Porque por éste vino de lo alto, dicen, de manera que la potencia más fuerte pueda actuar en él derrotando a la más débil y engañando al cuerpo. Y algunos de ellos sostienen esto, otros, algo diferente”.

Puesto que el pasaje correspondiente a la traducción de la Herejía N° 38 de Epifanio es medianamente extenso y ofrece sugestivas variaciones ampliatorias, en comparación con lo que se ha podido leer y que se conoce bien de la lectura de Ireneo y el Pseudo Tertuliano, valdría la pena someterse a la tarea un poco ingrata de ir comentando por partes el texto,

pero lo dejamos para otra ocasión, aunque puede leerse en *Judas. Evangelio y biografía*, pp. 109- 116.

En síntesis, Epifanio en su tratamiento no sólo precisa, con superior información que el Pseudo Tertuliano, las dos razones por él aludidas que movieron a la traición a Judas, sino que también señala que éstos cainitas y protectores de la personalidad de Judas serían invariablemente dualistas respecto de las decisiones humanas, sin ellas poderse sobreponer al destino, participando de una concepción del hombre que asimismo opone los mundos superior e inferior. Si se observa lo afirmado por el Pseudo Tertuliano al respecto, Epifanio lo está ampliando con propias reflexiones que se basan probablemente en su conocimiento de la doctrina de los peratas, leída en el *Elenchos* de Hipólito, en la amplia y elaborada información, aunque un poco desordenada, que les dedica en V, 12, 1- 18, 1. Sobre el fundamento de estos conocimientos, Epifanio seguidamente cotejará la doctrina católica con la gnóstica respecto de ambas concepciones sobre Judas Iscariote, proporcionándole a la cultura cristiana el primer resumen didáctico en relación con los pasajes canónicos pertinentes del Nuevo y del Antiguo Testamento, que subyacen a la catequesis eclesiástica y popular. Sin duda que debajo de su esfuerzo por dar una respuesta apropiada a lo solicitado por los archimandritas Paulo y Acacio, cuando le requirieron completar un trabajo sobre todas las herejías, ya existía una organización de los cuatro evangelios unidos y dispuestos orgánicamente que la gran Iglesia iba transmitiendo ininterrumpidamente como un eco extendido de los “Recuerdos de los Apóstoles”; mencionados por Justino de Roma, es decir, el *Diatessáron* —ya tenido en cuenta— o “Evangelio expuesto a través de los cuatro evangelios”, confeccionado por el sirio Taciano, discípulo de Justino y doctrinario de una ética rigorista o encratita —por lo que después sería condenado y silenciado—, que circulaba con notable éxito tanto por las Iglesias de habla sirio-aramaica como griega. Sus influencias, sin embargo, no habían llegado a Alejandría.

Y en esta parte final del trabajo de Epifanio se encuentra a nuestro parecer, la incorporación del material exegético más original del Obispo de Salamina, porque con su agudo y congruente comentario relativo a los textos canónicos que constituyen el núcleo de la refutación (*anatropé*) a la posición gnóstico-cainita, lo que el heresiólogo nos muestra no es sólo la coherencia explícitamente armada de textos que por naturaleza son inconexos en sus respectivos contextos escriturarios, sino que asimismo ha seguido un orden mental que subyace y preexiste a la organización racional que usa, al parecer y como veremos más abajo, más de acuerdo con los hechos, pero que debe refutar como expresión de perversión mental. Los puntales del razonamiento refutativo son cuatro y se pueden poner de relieve:

1° La cita del *Evangelio de Juan* 6, 70 en la que se aplican a Judas las palabras de Jesús: “Uno de ustedes es un diablo” no en sentido directo, sino figurado. Se advierte que Epifanio está forzando el texto ante otra interpretación literal preexistente que soslaya, y que el pasaje más antiguo y singular, en referencia a Judas en el pre-texto empleado por Mc 14,10, confirma en una función sobresaliente: “Judas, el uno [primero] de los doce” (*Ioûdas, ho heîs tôn dôdeka*).

2° El acento puesto sobre la codicia de Judas que incluso lo llevaría a ser ladrón llegado el caso. Es tesis asimismo juanina y que los demás textos canónicos no apuran con énfasis y menos en exceso, pero que queda en el aire ante la interpretación gnóstica.

3° Judas no era dueño de un conocimiento superior (*gnosis*) gracias al cual colaboró en la obra salvífica de Jesús, según la interpretación gnóstico-docética que asimismo adelantó claramente la noticia del Pseudo Tertuliano —argumentación sin duda perteneciente a un legajo versus Judas más amplio—, sino que su conducta fue dictada por la ignorancia, envidia y deseo de negar a Dios.

4° Finalmente, la garantía de historicidad propia de los textos apostólicos debido a su intrínseco acuerdo con los hechos, que se opone a otros relatos que carecen de raíz en los supuestos hechos empíricos que dicen reflejar.

Resulta, por lo tanto, coherente, de acuerdo con lo expresado, que Papías, Obispo de Hierápolis, oyente de Juan el Teólogo y compañero de Policarpo de Esmirna, según lo registra Apolinar, siguiendo la enseñanza apostólica anterior, sea profundamente adverso a Judas, y que en el libro IV de su *Exégesis tôn kyriakôn lógon* (*Explicación de las palabras del Señor*), escriba, según la noticia a la que antes aludimos:

“Como ejemplo grande de impiedad anduvo en este mundo Judas, quien llegó a hincharse de tal modo en su carne que no podía pasar ni siquiera por donde pasa fácilmente un carro; ni aun la sola mole de su cabeza. Porque dicen que los párpados de sus ojos se le hincharon de tal modo, que ni él podía absolutamente ver la luz, ni le era tampoco posible a ningún médico verle los ojos ni aun con el auxilio de un anteojo. A tal profundidad estaban de la superficie exterior. Sus partes vergonzosas dicen que aparecían más repugnantes y mayores que cuanto hay de indecoroso y que echaba por ellas de todo su cuerpo pus y gusanos para escarnio sobre los propios excrementos. Y después de muchos tormentos y castigos murió, dicen, en un lugar de su propiedad, que quedó desierto y despoblado hasta el presente a causa del mal olor. Es más, hasta el día de hoy no puede nadie pasar cerca de aquel lugar si no se tapa las narices con las manos. Tan enorme fue la putrefacción que se derramó de su carne sobre la tierra” (Fragmento III, 1-3, D. Ruíz Bueno, 878-879). Y asimismo que el *Martirio de san Policarpo* VI,2, perteneciente a la misma orientación catequética, considere a Judas como el paradigma de la traición, y que quienes han traicionado (*hoî prodóntes*) al Obispo de Esmirna, merecen el mismo castigo que Judas, que son tratados con el rigor que *El “Pastor” de Hermas*, Comp. 9,19-1,3, asigna a los “traidores” (*prodóntes*). Las mismas

maldiciones contra el profanador de sepulturas quedan incluso como testimonios populares en las inscripciones funerarias: “Que corra la suerte de Judas y de los que dicen: ‘fuera con él’ ‘Crucificado’”.

Era razonable, como se verá más abajo, que Papías cuando refiere los relatos orales que durante su estancia en Hierápolis le contaron las hijas de Felipe, las profetisas, transmita la anécdota de la curación por la gracia del Señor después de haber ingerido un veneno letal José Barsabás por sobrenombre Justo, el que junto con Matías había sido sorteado para ocupar el lugar entre los “Doce”, y use la expresión de “el traidor (*prodótos*) Judas”. Efectivamente este era ya un recurso retórico habitual y explotado por la generación de los llamados escritores subapostólicos como hemos visto.

De estas afirmaciones consecuentemente se hacen eco los diversos escritos apócrifos del Nuevo Testamento que completan y adornan con ingenio lo que las transmisiones populares locales conservaban. Se pueden leer en ellos de esta manera alusiones a Judas en tres oportunidades. Una de ellas y con interés de relieve se ofrece en el *Evangelio de Bartolomé*. En este apócrifo cuyos materiales se distribuyen entre el II y IV siglos, si bien Judas es el responsable de la traición a Jesús y de este modo está condenado para siempre, con lo que se cumplen las devastadoras maldiciones que Jesús le arroja en el infierno, su conducta terrena muestra algunos pequeños atenuantes.

Dice de este modo el texto refiriéndose a la conclusión de su destino, es decir su residencia sin límite en el lugar de castigo en donde permanece, después que todos los justos han sido exonerados a continuación de la estancia liberadora del Cristo en el Amente, el infierno o *séol*, la morada subterránea a la que el Cristo ha descendido en los tres días anteriores a su resurrección gloriosa:

“[Y nada había ya en este lugar], salvo tres [voces que gritaban de pavor], de agitación, de sufrimiento y de aflicción, en el lugar del [rechinar] de dientes (Mt 8, 12; Lc 13, 28), en el lugar del [suspirar, de la agitación] y del gusano que nunca duerme. ¡Desgraciados de ellos!, ¡Los infelices, los míseros, los pobres de Dios! Son éstos los tres que han sido arrancados del libro de la vida y que han sido borrados de los archivos de los santos y del conocimiento de la salvación. Ahí están Judas, Caín y Herodes. Se encontraban en este lugar bajo la forma de un ente tricéfalo y con cuernos. Porque puesto que la ausencia de misericordia pesaba sobre ellos, no existía más su memoria. Judas ha entregado al Señor por las cosas del cielo y las cosas de la tierra. Herodes ha dado a Jesús una bofetada. Caín se ha erguido contra su hermano y lo ha matado” (*Libro de la resurrección* [manuscrito A] 7, 4, Kaestli-Cherix, 193-194).

Pero con anterioridad el apócrifo ha descripto los antecedentes que han conducido a Judas a la perdición eterna. En primer lugar, en vínculo con la familia de algún modo en complicidad con él y con su conducta poseída por el diablo:

“Y el diablo se precipitó sobre él. Salió y corrió hacia los grandes sacerdotes. Les dijo: ‘¿Qué me daréis para que os lo entregue?’ Y le dieron treinta piezas de plata.”

La mujer de Judas había tomado como nodriza al hijo de José de Arimatea. Y el mismo día en que el miserable Judas recibió las treinta monedas de plata de manos de los judíos, las llevó a su casa y el hijo de José de Arimatea no [quiso alimentarse] —José fue avisado y fue a la casa de Judas—. Cuando el infante de siete meses vio a su padre, gritó: “Ven y llévame de las manos de esta mujer feroz, pues desde ayer a las nueve que ellos han recibido el pago [...]. Cuando acabó de decir esto, su padre lo tomó y se fue” (ibídem, 2, 1-2, p. 177-178).

Lo que sigue en el *Evangelio de Bartolomé* es el diálogo, sin respuestas, por parte de Judas, que Jesús sostiene con él en el infierno. Aquí, en oposición a *El evangelio de Judas*, Jesús ha sufrido por el rescate de la humanidad, la criatura como su imagen, hasta cumplir plenamente con la voluntad de su Padre; Judas, en cambio, ningún provecho ha sacado de su entrega:

“Entonces el Salvador se volvió hacia el hombre que lo había entregado, es decir Judas Iscariote, y le dijo: ‘¿Judas! Qué provecho has sacado con entregarme [en las manos de los] judíos, los perros? ¡Nada en absoluto! Yo aguanté todos los sufrimientos hasta cumplir con [la voluntad de] mi Padre y haber rescatado mi imagen [y mi] ser modelado que he creado ¡En cuanto a ti, maldito de ti, dos veces maldito!’”.

El texto continúa en tercera persona, y los efectos de la maldición se muestran con elocuencia en una forma de redacción que evoca al *Apocalipsis*, al *Evangelio de Mateo* y sobre todo a los *Salmos*:

“Judas ha tomado el partido de su padre el Diablo. Ha sido rechazado del libro de la vida y su nombre ha sido borrado del [número] de los santos. Le ha sido quitada su parte de entre los vivientes. Su [tablilla] se ha roto. El aceite de su vaso de [arcilla] se ha dispersado. Su vestido se ha desgarrado. Satán lo ha [hecho comparecer] y ha salido condenado. Su episcopado le [ha sido quitado]. Su corona le ha sido arrebatada. Extraños de un solo golpe le han arrebatado el fruto de sus sufrimientos. La maldición lo ha envuelto como un vestido y ha corrido como el agua. El vestido de su orgullo le ha sido arrebatado. La luz de su lámpara se ha extinguido. Su casa ha quedado desierta. Sus días han sido reducidos. Su vida ha llegado a su fin. El reposo se ha alejado. El sufrimiento ha venido sobre él. La luz se ha ido y lo ha abandonado. La oscuridad ha venido sobre él. Un gusano lo ha tomado como herencia y lo ha cubierto de podredumbre. Los ángeles que siguen al Señor lo han abatido. Han cortado su lengua. Han extirpado la luz de sus ojos. Han arrancado los cabellos de su cabeza. Le han sacado [su] boca” (ibídem, 6, 4-5, p. 190-191).

Finalmente las treinta monedas, y subyaciendo a ellas la potencia demoníaca de la “triacóntada” —recuérdense los treinta eones del Pleroma valentiniano—, ha llegado a resumir la cifra de todas las pasiones y los vicios que dominan al ser humano, y que se

habían desatado en el corazón de Judas. Frente al “Trece” del evangelio gnóstico, el “Treinta” del apócrifo de filiación apostólica, se levanta imbatible:

“Los treinta dragones, de los que siguen los nombres, lo van a devorar: el primero es el Alejamiento de [Dios], [el segundo es] la Envidia malvada (el Odio), el [tercero es...], el [cuarto es...], el quinto es la Envidia [el sexto es la Ausencia] de piedad, el séptimo [es la Arrogan]cia, el octavo [es la Querella], el [noven]o es la Maledicencia, el décimo es el [...], el undécimo es la Calumnia, el duodécimo es la Hipo[cresía], el décimo tercero es [...], el décimo cuarto es [...], el décimo quinto es la Insaciabilidad, el décimo sexto es la Maldición, el décimo séptimo es la Cólera, el décimo octavo es el Complot, el décimo noveno, la Desviación, el vigésimo es la Lengua mentirosa, el vigésimo primero es la impudicia, el vigésimo segundo es el Desprecio, el vigésimo tercero es la Mentira, el vigésimo cuarto es la Trampa, el vigésimo quinto es la Locura, el vigésimo sexto es la Negligencia, el vigésimo séptimo es la Presuntuosidad, el vigésimo octavo es la Astucia, el vigésimo noveno es la Concupiscencia y el trigésimo es el Rechazo de Dios. Son éstos los treinta dragones que van a devorar a Judas [Isariotes. Éstas son las] treinta [serpientes...] los judíos y [...] que ha conducido junto a las serpientes [...] después de él [...]arrojado] en las tinieblas de afuera. [Nadie] se recordará de él. Se terminarán las visitas para él. Y nunca jamás habrá ningún recuerdo para él. Son éstas las maldiciones que el Salvador [pronunció contra él cuando estaba] en el Amente” (6, 4-7, p. 190-192).

Los Hechos de Pedro, conservados en latín —siglos III a IV—, atenúan también la responsabilidad de Judas, cuando Pedro interpela a Simón Samaritano, el Mago:

“Tú (el Diablo) forzaste a Judas, mi condiscípulo y coapóstol, a obrar de modo impío hasta entregar (*ut traderet*) a nuestro Señor Jesucristo, quien necesariamente exigirá tu castigo” (8, 7, p. 577 de *Hechos apócrifos de los apóstoles* I).

Bajo otra perspectiva que muestra la potencia para inducir al mal de la serpiente, es igualmente presentado Judas bajo su influencia en los Hechos de Tomás: “Y yo soy quien encendió a Judas y lo sobornó para entregar a Cristo a la muerte” (III, 32, *New Test. Apocrypha* II, 460). Y más adelante son las pasiones las que poseen al pecador: “Apártate también del latrocinio, que engañó a Judas Isariote y lo llevó a ahorcarse” (IX, 84, *ibídem*, 487). El Evangelio árabe de la infancia muestra a Judas poseído por el demonio desde la niñez, por eso golpea a Jesús de tres años cuando va a jugar con sus hermanos Santiago y José (cap. 27).

Este conjunto de historias basadas en los relatos canónicos, reforzados y extendidos por una combinación de deducciones y fantasías que tratan de ampliarlos en buena retórica, favorable a una postura y condenable para otras, no están sin embargo libres de conservar entre su ganga, detalles secundarios que son los que le pueden dar anclaje en la realidad histórica en la medida en que hay referencias a parentescos, datos sobre el medio social y tentativas de hacer romper vínculos de Judas con personajes judíos admitidos por la cristiandad, como José de Arimatea. Sobre estos elementos realistas el deseo de llenar

lagunas y la lógica de la retórica condenatoria va ampliando sus redes de comunicación. De este modo, mucho más tardíamente, un testimonio que mantiene la misma línea narrativa adversa a Judas, la *Declaración de José de Arimatea*, se confirma como un resumen del rechazo que el personaje Judas ha mantenido para la conciencia colectiva cristiana, pero al mismo tiempo no deja de facilitar y confirmar interesantes vínculos entre individualidades religiosas que están presentes y entran en el juego del relato, como Judas, determinados personajes judíos y los “doce” en los acontecimientos en relación con el proceso y muerte de Jesús de Nazaret. Escribe el anónimo autor del escrito que circuló ampliamente en la Edad Media, en uno de los muchos manuscritos del siglo XII, presentando al Iscariote como una quinta columna:

“Y, llamando a Judas Iscariote se pusieron al habla con él. Es de saber que éste era sobrino de Caifás. No era discípulo sincero de Jesús, sino que dolosamente había sido instigado por toda la turba de los judíos para que lo siguiera; y esto, no con el fin de que se dejara convencer con los portentos que él obraba, ni para que le reconociese, sino para que se lo entregase, con la idea de captarle alguna mentira. Y por esta gloriosa empresa le daban regalos y un didracma de oro cada día. Y a la sazón hacía ya dos años que se encontraba en compañía de Jesús, como dice uno de los discípulos llamado Juan. Y tres días antes de que fuera detenido Jesús, dijo Judas a los judíos: ‘¡Ea!, pongamos el pretexto de que no fue el ladrón quien sustrajo los libros de la Ley, sino Jesús en persona; yo mismo me comprometo a hacer de acusador’. Mientras esto se decía, entró en nuestra compañía Nicodemo, el que tenía a su cargo las llaves del santuario, y se dirigió a todos, diciendo: ‘No llevéis a efecto tal cosa’. Es de saber que Nicodemo era más sincero que todos los judíos juntos. Mas la hija de Caifás llamada Sara, dijo a voz en grito: ‘Pues él ha dicho delante de todos contra este lugar santo: Soy capaz de destruir este templo y de levantarlo en tres días (Mt 26, 61; Jn 2, 19)’. A lo que respondieron los judíos: ‘Te damos todos nuestro voto de confianza’, pues la tenían como profetisa. Y, una vez celebrado el consejo, fue detenido Jesús” - II, 3-4, A. de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos*, BAC, Madrid, 1963, 502-503).

El motivo juanino del discípulo movido por la codicia —un motivo de acusación a menudo dirigido a los gentiles como fuente de animadversión contra los cristianos que les hacían perder las ganancias que les reportaban las ventas de objetos en relación con el culto y sacrificios a sus dioses—, el deseo de dinero que hasta permite tratarlo de “ladrón” es el que ordena el escrito; pero naturalmente si la pasión de la ambición no dominada invadía la personalidad de Judas ella debía influir la totalidad de sus apetencias incluidas también las ansias de expansión personal en lo social y lo religioso.

Paralelamente cuando en el largo trecho que corre entre los siglos XI y XIII avanzan extraordinariamente las Vidas, Leyendas y Milagros de santos, protectores y auxiliares de los cristianos comunes, el dominico Jacobo de Vorágine (1230-1298) será maestro en el género de la compilación y en el *collage* de un centenar y medio de biografías preexistentes. La *leyenda de oro* recoge también la tendencia sobre el Judas movido por la avaricia, pero la

afina personal e intelectualmente. Las treinta monedas de la entrega equivaldrían legítimamente a la recuperación del diezmo de la suma de los trescientos denarios, el precio despilarrado del perfume de nardo vertido a los pies del Señor en Betania, contra lo que protestó.

Después de este largo recorrido bien diverso de los hábitos didácticos seculares de la enseñanza cristiana catequética, creemos que no hay motivos para escandalizarse, sino que se puede concluir que la figura de un personaje problemático como Judas ofrece un par de facetas para su estudio: la leyenda retórica construida en su torno, que ha forjado una imagen, y las grietas en la construcción que se denuncian ante la mirada alerta. Esta segunda actitud es la que permite una recomposición basada en las fuentes múltiples y sus contextos. Sobre ambos esfuerzos intelectuales, el “deconstructivo”, como dice cierta jerga de moda, y el reconstructivo que quiere ofrecer un rostro verosímil, trabaja hoy día la investigación, al tener en cuenta los recientes hallazgos documentales, no importa de qué origen ideológico sean. Aunque, a veces, los obstáculos para avanzar, pueden provenir de los mismos responsables del trabajo de investigación.